

Erri de Luca

EL ÚLTIMO VIAJE DE SIMBAD

Traducción de
JOSÉ LUIS NARVAJA

Buenos Aires

2015

PRIMER TIEMPO

Escena 1

Noche, una pequeña nave, una bodega en la que entran de uno en uno pasajeros de fortuna, futuros clandestinos de Europa. Terminado el embarco una voz brusca da las primeras órdenes.

CAPITÁN – Malvenidos a bordo. Durante la travesía tendrán que quedarse en la bodega. Será permitida la salida de un hombre por vez y durante una hora al día. Las mujeres no salen. Hay guardias que controlan hasta cuántos piojos tenemos en la cabeza. ¿Está claro?

Ninguno responde.

CAPITÁN – Bien, ahora me presento, me llamo Simbad, marinero desde que el mundo es mundo. Soy el capitán, el que les permitirá desembarcar en la boca de occidente, en la civilización. Ya van a ver qué civilización, qué recepción. Ustedes quieren ir allá y yo los llevo, pero en esta barca las leyes las dicto yo y quien no las cumple, termina en el mar. Si el mar está movido no se come, así nadie vomita y no se desperdicia la comida. Para lavarse hay agua de mar cuanto quieran, ahí está el balde, lo bajan por aquel agujero de estribor. Para beber, sólo un litro por persona al día. No hay baño, tiren afuera lo que les sale.

Erri de Luca

Después del discurso, se escucha el ruido de quienes se acomodan ocupando el espacio que será su morada durante toda la travesía. Parecen ser de muchas nacionalidades.

MARINERO – Capitán Simbad, hay una mujer embarazada, llena hasta las orejas. Seguro que descarga a bordo.

CAPITÁN – No fui yo quien la llenó. Que descargue, pero sin salir de la bodega.

UN PASAJERO – Somos pobres y prisioneros como en nuestro país. Y pagamos para esto.

OTRO PASAJERO – Yo pagué por la libertad. No importa cómo viaje. Pueden meterme en un ataúd, lo que importa es que me dejen bajar vivo. En algún lado debe estar la libertad y si está del otro lado del mar, voy a encontrarla.

OTRO PASAJERO – Ya sufrimos tanto que aquí será como un crucero.

MARINERO – ¡Silencio!

Las mujeres se mueven mejor que los hombres que están perdidos y no saben dónde meterse. Ellas, en cambio, rápidamente y con simplicidad se reparten los lugares y los organizan. Tienden una soga, cuelgan una tela para separar. Un trapo sirve para limpiar, las mujeres ayudan a la embarazada a acomodarse donde hay un poco de aire.

Escena 2

CAPITÁN (*terminando las instrucciones después de la primera ubicación*) – No quiero tirar ninguno al mar, quiero descargar a todos en el continente, pero no quiero escucharlos. Ninguna pelea entre ustedes. Ya lo saben: ustedes son cajas, así está escrito en el libro de a bordo y no es la primera vez que tiro una parte de la carga al mar. El que sale al puente sin permiso, termina en el agua.

Después de un poco de silencio, un pasajero pregunta:

PASAJERO – ¡Capitán Simbad!

CAPITÁN – ¿Qué querés?

PASAJERO – ¿Dónde está el oriente? Encerrado aquí abajo no sé a qué parte dirigir la oración.

CAPITÁN – La proa mira a occidente, el oriente está a popa, donde se escucha el ruido de las hélices.

PASAJERO – Gracias, capitán Simbad.

Capitán – Ningunas gracias, el viaje será largo y muchos de ustedes maldecirán haberse embarcado. Agradezcan a su Dios que les aconsejó que se metieran en este agujero en medio del mar. Mientras no llegemos a alta mar, deben hacer silencio. Cuando tengamos el mar bajo los pies, entonces sí van a poder hablar, cantar, contarse sus historias.

Breve cesura que deja entender que ya están en el mar. Se escucha el rumor de las historias, de las oraciones, de uno que a bocca chiusa insinúa un canto mientras arregla alguna cosa.

Escena 3

Noche, en la cabina de mando cerca del timón. El capitán escucha a nostromo que hace la cuenta de los embarcados. Al final, nostromo concluye:

NOSTROMO – Gente de pueblos enemigos que en tierra firme se mataba y que se matarían en cualquier momento, aquí, en cambio, duerme uno al lado del otro y encima se ayudan. Qué rara que es la gente.

CAPITÁN – Además de los guías de embarque, ¿había alguien más? ¿Alguno que al último momento no haya querido embarcarse o que haya venido sólo para acompañarlos?

NOSTROMO – Ninguno.

CAPITÁN – ¿Ningún testigo?

NOSTROMO – No.

CAPITÁN – Mejor. Cuando la emigración era legal eran miles los que bajaban a la bodega de tercera clase y salían al aire libre en la otra parte del océano. En ese entonces el muelle del puerto de Nápoles estaba negro de madres. Yo trabajaba de foguista en la sala de máquinas de los trasatlánticos. Los emigrantes viajaban mejor que yo, tenían esperanzas. Lo único que yo tenía eran ganas de gastarme la paga con las putas de Nueva York, unas hembras rusas que hacían llegar hasta el cielo a los hombres que se les subían encima. No me acuerdo de ninguna, sólo mi nariz ha conservado el olor del jabón blanco mezclado a mi sudor negro de carbón.

De aquellos años de los inicios del mil novecientos recuerdo el muelle Beverello de Nápoles lleno de gente que saludaba, saludaba, saludaba en el vacío que ya los de la tercera clase estaban en las barracas bajo cubierta. La nave se desprendía de la ciudad arrastrada por los remolcadores. Partía a la tarde, los motores al mínimo, se podían escuchar las voces que aún gritaban desde lejos aquellos lindos nombres meridionales. Cuando estábamos a la altura del faro, separados de la tierra pero todavía no en navegación, escuché el grito. Estaba asomado a popa cerca de la bita de amarre mirando los faroles a gas, se había hecho silencio como si hubiera bajado un telón y de repente, el grito, una cuchillada que raja una sábana. Una mujer a la que no llegaba a ver gritó desde el muelle el nombre, Salvador, como una que se abre el pecho y deja salir la voz desde las entrañas y no de la garganta. Gritó como una madre, como una sirena, como una perra. Un nombre arrancado del corazón y arrojado al aire con sílabas desesperadas: Sal va door.

He aprendido de joven la música, por eso puedo repetirlo. ¿Quién sabe por qué el dolor se fija mejor en un solfeo, en una cantilena? (*repite con más fuerza esta vez, pero con la misma violencia, el nombre*) SAL VA DOOR. (*Alguien en la bodega se tapa los oídos*).

Mientras lo repito se me vuelve a poner la piel de gallina. Aquella mujer desconocida cosió en mis oídos el nombre de un extraño y me dejó una cicatriz musical en la cabeza. Un nombre solo y basta, terminado en el tímpano de un marinero indiferente que no trabajaba de cartero y no podía llevar el mensaje a aquel Salvador para decirle que lo llamaba su madre con la última voz que le quedaba, para alcanzarlo con sus últimas fuerzas carnales. Justo a

Erri de Luca

mí me tenía que hacer sangrar los oídos, carajo. En cada viaje me vuelve a la mente y me hace mal como aquella vez, no disminuyó ni un décimo de grado de aquella quemadura. En aquel entonces las vidas se quebraban en un muelle, se intercambiaban adioses veraces, seguros de no volver a verse nunca más. Se podía escuchar el rumor de los adioses, un rumor de recomendaciones y una dislocación de huesos. *(Pausa)*.

NOSTROMO – Con la emigración clandestina se saludan antes. Cuando se embarcan ya se han saludado.

CAPITÁN – Gracias nostromo, siempre tenés la palabra justa para apagar los sobresaltos de sentimiento.

Escena 4

NOSTROMO – El viento se está haciendo más fuerte, se acerca una tormenta.

CAPITÁN – Advierte a los pasajeros, que aten bien los bártulos y que se queden acostados.

En la bodega se escuchan ruidos, ruedan cosas y personas, tratan de quedarse anclados a su propio lugar. La tormenta es violenta y dura mucho. Uno de los hombres propone tirar suertes para saber quién trae la desgracia y hace irritar al mar.

HOMBRE 1 – Alguno de nosotros ha sembrado viento y hace cosechar tempestad a todos.

Ninguno se exime del experimento. Lo hacen con un puñado de pajas, la más larga señalará al culpable. Las mujeres no participan. Un joven saca la pajita más larga. Los ojos de los otros lo fijan.

JOVEN – Me embarqué para no ir a la guerra. Escapo del ejército que manda a luchar contra los pueblitos.

HOMBRE 2 – Sos un desertor (*le escupe delante de los pies*).

HOMBRE 3 – Seguro que alguno de nosotros habrá cometido una culpa más grande que esta, si esta puede llamarse culpa.

HOMBRE 2 – Habla por vos mismo.

HOMBRE 4 – La suerte lo señaló a él.

HOMBRE 3 – Es una suerte de paja.

Erri de Luca

HOMBRE 4 – No blasfemes. Hemos preguntado y hemos recibido una respuesta.

HOMBRE 2 – Y vos, desertor, ¿no decís nada?

JOVEN – Hagan conmigo lo que quieran.

HOMBRE 2 – Decidamos, porque así estamos arriesgándonos a morir todos. Propongo que salga.

HOMBRE 3 – ¿Qué decís? ¿Querés que muera?

HOMBRE 4 – Es verdad, el capitán habló claro.

HOMBRE 3 – Mientras que yo esté en este barco, el joven se queda aquí, si no, tírenme al agua también a mí.

Un viejo que hasta el momento se había quedado aparte interviene, notando que alguno mira hacia donde está él.

VIEJO – En caso de vida o muerte no se elige por mayoría. Si uno solo se opone, el joven debe quedarse con nosotros en la bodega.

Terminada la discusión en medio de los golpes de las olas, el más manso pregunta al joven:

HOMBRE 3 – ¿Te opones a las armas? ¿sos una paloma?

Escena 5

Arriba en la cabina, el capitán y nostromo.

CAPITÁN – Una vez he conocido un vendedor de palomas, en una tormenta de hace muchísimo años. Se había embarcado en Jaffa, quería ir a occidente. En ese entonces yo era un joven y cuando nos agarraron las oleadas me pusieron sobre el puente a achicar con un balde el agua de las olas más grandes. Devolvía mar al mar, así pensaba a cada baldazo para darme ánimo: ahí tenés, es tuyo. Era inexperto y tuteaba al mundo, al cielo, al viento y al mar. Después la tormenta se puso más dura y me sacaron del puente para que no me arrastraran las olas. El capitán ordenó tirar por la borda una parte de la carga, piedras cuadradas de Jerusalén para un mercader que quería construir una casa con material de la tierra santa. Pero esa no era la injusticia que enfurecía al mar. Entonces existía la creencia de que toda tempestad tiene un culpable a bordo. El capitán reunió al equipaje y a los pocos pasajeros. El vendedor de palomas dormía tan profundamente que tuvimos que despertarlo a patadas. Se llamaba Jonás, que en su lengua quiere decir paloma. Tiramos a suertes y la suerte cayó sobre él. El capitán lo interrogó delante de todos y él respondió que era hebreo y que escapaba lejos de su Dios llamado Elohim que le había confiado una misión especial, pero en la dirección opuesta. Yo era un muchacho impresionable y me quedó grabada su bella voz, como la de uno que grita en el mercado. Y decía:

“Tírenme al mar y la tempestad se va a calmar sobre ustedes”. Guay a nosotros dijo enseguida el capitán, de ninguna manera, y ordenó echar los remos para intentar alcanzar la protección de una isla. Los marineros se pusieron a remar con todas sus fuerzas, pero el mar los arrasaba en la otra dirección. Yo era demasiado débil para sostener uno de aquellos largos remos. Veía cómo los hombres ponían toda sus fuerzas en cada golpe. Ponían tanta energía que cavaban el mar con esas palas. Zapaban espuma en las olas. Pero tampoco eso sirvió de nada, más bien irritó aún más a la tempestad y a quien la mandaba. Las olas se convirtieron en una manada feroz, el árbol maestro crujía bajo sus cornadas. Se corría el peligro de que pronto llegara el fin para todos. El capitán y los marineros retiraron los remos, subieron a cubierta con Jonás levantado sobre sus cabezas y gritaron al cielo: “¿Es esto lo que querés?” Vino un gruñido del viento y una ola más alta les robó al vendedor de palomas de sus brazos, llevándose al mar. En ese mismo momento la tempestad cesó, toda e instantáneamente. Nos encontramos en la bonanza más tranquila, mientras que el remolino abría su círculo alejando las olas de la nave. Si viviera otros mil años no lograría borrar la imagen de espanto de los marineros frente a esa bonanza. De corajudos que habían estado hasta un minuto antes, se volvieron pálidos y temblorosos. Más que la tempestad, los dejaba helados el miedo de la omnipotencia, del respiro hirviente de un Dios que les estaba encima. Había más violencia en el milagro de la bonanza que en el peligro anterior. La salvación puede ser aterradora. Nos quedamos en la calma, mejor que amarrados en el puerto, mientras el ciclón agrandaba su anillo hasta hacerlo caer del dedo de Dios.

El último viaje de Simbad

Miramos el mar para buscar a Jonás, el desertor de Elohim, pero nada, el agua estaba inmóvil, cerrada. Un marinero juró haber visto a popa la cola de una ballena, pero era una fantasía provocada por el terror. Las ballenas evitan las tempestades. Logramos recuperar casi toda la carga que flotaba en las cajas de madera. ¿Cuántas veces te conté esta vieja aventura, nostromo? ¿Cien veces?

NOSTROMO – La cuenta cuando hay tormenta y está bueno en medio de una tribulación acordarse de una peor.

Escena 6

Más tarde en la cabina de mando. Un marinero golpea la puerta y entra.

MARINERO – Capitán Simbad, un pasajero pide permiso para salir.

CAPITÁN – Si está mareado que se aguante.

MARINERO – No capitán, pide salir para calmar la tormenta.

CAPITÁN – ¿Qué decís?

MARINERO – Dice que si sale, calma las olas.

CAPITÁN – ¿Quién es el estúpido? ¿vos o él? Hemos embarcado otro Moisés. En cada viaje siempre encontramos uno que delira. Es como un impuesto.

NOSTROMO – Y ya es una suerte que tengamos sólo uno. Para colmo de males, esta tempestad no ayuda a razonar bien.

CAPITÁN – En Jerusalén hay un hospital de mesías. Cada año a unos diez peregrinos les sucede de sugestionarse, tal vez por una insolación y comienzan a berrear por las calles predicando que son los esperados. Unos diez cada año, tienen un reparto especializado en mesías.

NOSTROMO – Acá no nos lo podemos permitir. Los locos terminan en el mar. A bordo la locura es infecciosa, si no la detenés enseguida, te revoluciona un barco.

CAPITÁN – Marinero, decile a este Moisés que si sale de la bodega, tiene dos posibilidades: o hace calmar la tempestad o termina en medio de las olas. Así se le pasan las ganas de hacer de secretario del Padre eterno. Decílo de

El último viaje de Simbad

manera que lo oigan todos y veamos si alguno tiene ganas de continuar el viaje a nado.

MARINERO – Sí señor. (*Sale*).

Nostromo saca del bolsillo un higo seco y lo come. Luego, notando que el capitán lo está mirando:

NOSTROMO – ¿Le apetece? Son de Odesa.

CAPITÁN – Ah, Odesa, maravilla del Mar Negro. Estuve allá en tiempos de Mishka Japoncik, el Robin Hood de Odesa, el bandido que protegía a los pobres. El zar no podía hacer nada. Después vino Lenin y a Mishka lo mataron en una emboscada. Para el nuevo orden la cosa no funcionaba. Qué mujeres bellas y qué ríos: una ciudad de mar ubicada entre dos colosos de agua, el Dniestr y el Dniepr, como Bagdad entre el Tigris y el Éufrates. ¡Odesa! El mar es medio dulce y allí se encuentran los mejores camarones del Mediterráneo. Sin el Mar Negro y sus ríos gigantescos, las aguas del Mediterráneo bajarían. He visto la desembocadura del Danubio, del Don: son montañas de agua que se abrazan. Odesa: vino, higos, bandidos, ...

NOSTROMO – ¿Sabía que en Odesa se compuso la música de “O sole mío”?

CAPITÁN – (*intenta silbarla, interrumpido por la mirada espantada de nostromo*) ¿qué pasa?

NOSTROMO – El loco salió a cubierta.

CAPITÁN – ¡Marinero!

MARINERO – A las órdenes, capitán Simbad.

CAPITÁN – ¿Le dijiste claramente que lo tiramos al mar?

MARINERO – Sí señor.

NOSTROMO – Tenemos que salir, fuerza marinero. Maldito loco y maldita tormenta.

El desertor está apoyado al parapeto con las piernas abiertas, de frente a la tormenta que lo ha empapado. Los brazos levantados, grita al viento que no disminuye, más bien aumenta. Parecen restos de conversación, un dúo entre el desertor y el viento. A sus espaldas llegan Nostromo y el marinero, cada uno lo agarra por una pierna y lo tiran por la borda. La tempestad comienza a debilitarse. Los dos entran en la cabina.

NOSTROMO – En cada viaje se nos va uno, o porque pierde la cabeza o porque el mar se lo lleva.

CAPITÁN – Una vez conocí un loco bueno, que sabía calmar, no las olas, sino a nosotros, cuando estábamos en medio de la tormenta. Era Pablo, venía de Tarso y le cortaron la cabeza en Roma. Estaba en mi nave, dos semanas de tempestad camino a Creta, a la deriva, bajo las ráfagas del aquilón, un viento de nordeste. Hablaba muchas lenguas, y a cada uno lo tranquilizaba: “Ninguno perderá la vida, sólo se perderá la nave”. Su voz chillona y a la vez simple superaba al mar. Leyendo sus cartas, recogidas al final del nuevo Testamento, vuelvo a encontrar su grito robado a las gaviotas, que lo lanzan incluso a contraviento. Era prisionero, viajaba atado, pero frente a sus certezas, nosotros parecíamos los detenidos, asediados por olas y terrores. Él era libre. Cuando uno tiene una meta y un destino entra en el fuego y no se quema, en el agua y no se moja

NOSTROMO – Después va a Roma y le cortan la cabeza.

CAPITÁN – Los santos deben perderla. Pero, bueno, al final fue como él dijo, naufragamos en Malta, la nave encalló en un bajo, la proa encastrada en la arena, la popa sacudida por las olas y al final destruida. Llegamos a la costa a

El último viaje de Simbad

fuerza de nadar y nos salvamos todos, casi trescientos.

NOSTROMO – ¿Trescientos, capitán?

CAPITÁN – Más o menos. Y todos a salvo.

NOSTROMO – Buena fortuna.

CAPITÁN – Obra suya, que nos había dado confianza y nos convenció a comer algo incluso en medio a la tempestad, había días en que ayunábamos. Y esta vez, naufragamos con la panza llena.

El nostromo, cada vez que Simbad pronuncia la palabra o el verbo de naufragio, a escondidas hace los cuernos, una cábala alzando los ojos al cielo, mientras que Simbad está con los ojos fijos en el horizonte, frente a sí, donde entrevé el signo de la cola de la tormenta.

CAPITÁN – A proa aclara, está abriéndose lentamente. El Padre eterno se puso a coser el saco.

Escena 7

En la primera luz del nuevo día pasa una gaviota a vuelo rasante en la misma dirección de la nave. La luz la ilumina de espalda. De la bodega lo ven a través de la apertura de estribor. Los pasajeros están ocupados dándose una mano después de la noche insomne.

MUJER EMBARAZADA – Es la paloma de la paz.

HOMBRE 2 – Si aquella es una paloma, después del diluvio de esta noche, esta es el arca de Noé.

HOMBRE 3 – Ojalá lo fuera, así bajaríamos en las costas de un mundo vacío, que comenzaría con nosotros.

OTRA MUJER – No es una paloma, es una gaviota.

MUJER EMBARAZADA – ¡Qué blanca! parece empujada por la luz del alba, apenas mueve las alas.

HOMBRE 4 – Tengo hambre, hoy con mar calmo nos van a dar de comer.

Escena 8

Acaba de amanecer, el sol está bajo, rojo, en la cabina de mando un marinero está al timón mientras nostromo y el capitán están recuperando, incómodos, un poco de sueño.

MARINERO – guardia costera a banda de poniente.

CAPITÁN (*despertándose de golpe y con repentina presencia de ánimo*) – Rápido a las redes, échelas al mar, giremos en círculos lentamente, motor al mínimo, ningún pasajero a cubierta, ningún ruido en la bodega

Escena 9

En la bodega el silencio se hizo pesado.

HOMBRE 4 – Quiso subir él, ninguno lo obligó, no lo echamos. Creyó en el tiro de la suerte, creyó que era culpable de la tempestad y que Dios se la había agarrado con él.

HOMBRE 3 – Vio las mujeres en peligro, salió para salvarlas. No era un desertor.

VIEJO – Salió porque no era capaz de estar aquí dentro con nuestros ojos encima. Los ojos pesan.

Las mujeres miran a los hombres, tienen el rostro sombrío, los están juzgando.

HOMBRE 2 – ¿Qué miran?

Voz de marinero desde la escotilla. Silencio, se acerca una guardia costera, ningún ruido en la bodega.

Escena 10

En la cabina de mando, el capitán con binóculos.

CAPITÁN – La guardia costera se va, se aleja, maniobra exitosa.

MARINERO – Capitán Simbad, la red está llena.

CAPITÁN – Muy bien, hermano mar, te llevás la patrulla y nos regalás el almuerzo. A veces sos un buen amigo, mar.

MARINERO – Deben ser más de cien kilos de pescado.

CAPITÁN – Festejemos. Bajemos a la bodega y cocinémoslo allí abajo junto a los pasajeros. También ellos deben agradecer al mar. Dales unos cuchillos también a ellos y que se pongan a limpiar el pescado.

SEGUNDO TIEMPO

Escena 11

Todos en la bodega, una olla echa humo, el vapor sube derecho a la escotilla por la que entra luz.

CAPITÁN – El mar nos ha salvado de la tempestad, de la guardia costera y nos ha regalado el almuerzo. Paga de su bolsillo una comilona de pescado para todos. Tenemos que agradecer y hacer fiesta. Por eso necesitamos música y baile. El que tenga algún instrumento que se una. Tenemos un organillo, vamos marinero.

Un marinero comienza a tocar, un pasajero saca del bolsillo una armónica, otro un violín. Las mujeres golpean sobre una caja que suena como un tambor. (*Comienzan ellas, del ritmo de los golpes parte el primer instrumento, siguen los hombres*).

COMIENZA UNA CANCIÓN – Kol hannekhalím holekhím el haiàm vehaiàm enénnu malé. Todos los ríos van al mar y el mar no se llenará. (*Se convierte en una tarantella, un coro, todos la cantan*).

Echan los pescados en la olla y de cada variedad se escuchan los muchos nombres con los que se los conoce.

CAPITÁN – Es un regalo del mar, todos tienen que comer, porque si no, se ofende. Es abundante porque el mar es rico. Muchos fueron los peligros y mucho es el premio.

Simbad y nosotromo se pusieron a mirar cómo preparan.

CAPITÁN – Nunca bajo a la bodega. Me resulta extraño ver mujeres a bordo. Hacen pensar en la tierra firme.

NOSTROMO – Seguro, capitán, nos hacen sentir desembarcados. Mi vieja tiene todo listo cuando llego. Paso la puerta y ya hay una gallina en el horno, mi plato preferido. Es una bruja, sabe el día y la hora de mi llegada. Yo no lo sé, pero ella sí, me huele de lejos.

CAPITÁN – Bueno, no es difícil, nosotromo. Tratá de lavarte un poco más.

NOSTROMO – Si uno se lava con agua de mar, aumenta nuestro olor.

CAPITÁN – Aumenta también por el ajo que comés crudo y a los mordiscones.

NOSTROMO – Contra los gusanos y contra los espíritus, los barcos viejos tienen más fantasmas que ratas.

CAPITÁN – Te hacen cosquillas, nada más, los espantás con un escupitajo. Como siempre, nostromo, lo vas a lograr. Porque se salvan de las desgracias y de las tempestades aquellos a quienes los espera una mujer. En un momento peligroso las fuerzas se redoblan, son dos los que luchan. La muerte se cansa contra dos juntos, prefiere los solitarios.

NOSTROMO – Usted también vuelve siempre, entonces también tiene una mujer en tierra firme.

CAPITÁN – La tuve y la perdí. Era la mujer de la juventud, destinada al encuentro, con la cual hacer la alianza y convertirse en dos. (*Pausa*). Después de tantos años juntos ya no sé cuáles movimientos y qué pensamientos son míos y cuáles vienen de mi relación con ella. Estuvimos unidos como las dos puntas del nudo marinero. Cuando está

apretado, andá a desatarlo.

NOSTROMO – Y sí, mi vieja y yo también nos hacemos compañía, festejamos cuando estamos juntos. Pero después me gusta irme al puerto y estar con los otros marineros en la hostería. Cuando estamos los dos mucho tiempo, al final peleamos. Y además ella no me quiere en medio y me dice que me vaya a tomar algo afuera. Cuando vuelvo ya me quiere otra vez. Como nudo marino somos un poco flojos. Ah, esa mujer, todavía sabe cómo hacer las cosas.

CAPITÁN (*mirando las mujeres de la bodega*) – Perdí la mía. La enterré. Desde entonces no sé dónde volver, perdí el viaje de regreso. Otros marineros tendrán una mujer en cada puerto. Yo la tuve sólo a ella. Hoy me gusta subir al cementerio de la colina cuando llueve y empaparme junto a ella, sentado sobre su pedazo de tierra. En la lluvia estamos de nuevo juntos. (*Pausa*). ¿Sabés qué me gusta hacer cuando desembarco? Subir a un tren, hacerme llevar, quedarme toda la noche junto a la ventanilla. El tren cuando corre es liviano, patina suavemente y se hamaca. No están sus brazos alrededor de mi cuello y los míos están cruzados. Dejamos que el tren haga. Cuando corre, nos abraza a los dos. (*Mirando a las mujeres de la bodega*). Todas las mujeres me recuerdan a ella y ninguna es ella. Tantas mujeres y ninguna ella: me vienen pensamientos estúpidos mientras miro a las otras. Es inútil que finjan ser ella, a ninguna le sale bien.

UNA MUJER (*cantando*) – Cada árbol es todos los árboles, pero el fruto es sólo un fruto. Cada mujer es todas las mujeres, pero el hombre es sólo un hombre.

El ritmo es retomado por el resto de la música. Simbad esboza la única sonrisa de todo el viaje.

Los hombres bailan con seriedad, participan de una ceremonia de acción de gracias. Las mujeres golpean los pies contra el piso con la fuerza de un trueno. Un hombre está apartado, solo.

CAPITÁN – ¡Baila, hombre! (*le ordena mientras dirige la danza y baila él también*).

El hombre mira para ver si la palabra va dirigida a él.

CAPITÁN (*más fuerte*) – ¡Baila, hombre! Sos huésped del mar, ¡no lo ofendas!

El hombre se levanta, obedece, baila ásperamente, con rabia, con arranques, con lágrimas.

Se hace una pausa, el capitán se acerca al hombre.

CAPITÁN – ¿De dónde venís?

HOMBRE – Soy curdo, vengo de un país que no está en ningún mapa, solo en el pensamiento, el Curdistán. Nunca vi el mar y nunca comí pescado hasta hoy.

CAPITÁN – No te angustiés, si terminás en el agua, los peces te comen hasta dejar sólo los huesos y el pulpo va y hace su madriguera en tu cráneo.

HOMBRE – Mejor que esté el pulpo que el odio que tengo ahora.

CAPITÁN – Mejor el odio, hombre, mejor cualquier vida. Incluso si está encerrada en esta bodega sin ver el mar. Esa es mejor.

El último viaje de Simbad

El hombre mira al horizonte, hacia el mar escondido más allá de los límites de la bodega.

CAPITÁN – ¿Qué creés que hay ahí afuera? Nada, un desierto de olas que van donde las lleva el viento. Un prisionero conoce la prisión mejor que el carcelero, el enfermo conoce la enfermedad mejor que el médico y el mar lo conocés mejor vos que estás dentro de una habitación debajo del agua, más que yo que navego desde un montón de años. Decímelo vos, ¿cómo es el mar?

HOMBRE – Es un viaje en camello. Es una avalancha de viento, es un rebaño de ovejas que se tiran de un precipicio perseguidas por los lobos. Es una cáscara de papas llena de nuestros ojos. Es una olla de pescados, una boca que sangra por las espinas. Ahora que está calmo hace el ruido del trigo maduro segado por la hoz.

CAPITÁN – Lo conocés más que yo. Para mí es el lugar donde las tierras terminan, ya no hay más y todo mi oficio está en llegar adonde comienzan de nuevo.

HOMBRE – ¿Dónde vamos?

CAPITÁN – A lo seco, hombre, eso has pagado y eso tendrás, si Dios quiere, insh'allàh, im irtzè hashèm. (*El capitán se separa del hombre. Alrededor sigue la música, la danza*).

Escena 12

Noche, en la cabina de comando, capitán al timón, entra nostromo.

NOSTROMO – Capitán Simbad, la mujer ha dado a luz, tenemos otro niñojesús.

CAPITÁN – Hizo mal, el niño va a llorar y los otros embarcados la abandonarán.

NOSTROMO – No llora, está muerto.

CAPITÁN – Que lo pongan en el mar.

NOSTROMO – La mujer lo quiere llevar a tierra.

CAPITÁN – En tierra es un infanticidio, en el mar es vida restituida, agarrálo y metélo en el mar.

Se queda solo, desde el fondo sube un principio de coro a bocca chiusa. El nostromo vuelve.

NOSTROMO – La mujer pide poder ponerlo ella en el mar.

CAPITÁN – Hacéla subir, ponéle encima un sobretodo de hombre.

Mientras se desarrolla la pequeña ceremonia de una madre que acompaña su criatura al cementerio de las olas, se escucha un coro de mujeres.

MUJERES – Nace entre clandestinos,
su primer grito lo tapan los motores,
le cortan el cordón con los dientes,

El último viaje de Simbad

lo confían a las olas.
Los marineros lo llaman Jesús
estos cachorros nacidos
bajo Herodes y Pilato puestos juntos.
Nada de estas vidas es una parábola.
Ningún martillo de carpintero
golpeará las horas de su infancia,
y luego los clavos en la carne.
Nace entre clandestinos el último Jesús,
pasa de un agua a otra, sin tierra firme.
Porque ya vivió todo, y decir, ha dicho.
No puede sacar o poner
una espina más a la zarza de las sienas.
Está con los que existen el tiempo de nacer.
Va con los que duran una hora.

Escena 13

Cabina de comando, capitán y nostromo, noche.

CAPITÁN – A dos millas de la costa encontraremos la barca.
Vos y los marineros bajen, yo los alcanzo después.

NOSTROMO – ¿Cómo, capitán Simbad? ¿No viene con nosotros? Se había decidido que perderíamos la nave, que la mandaríamos a encallarse en la costa que es toda playa.
¿Quiere salvarla? Es demasiado peligroso.

CAPITÁN – No, la barca encallará en algún lugar, está demasiado destartada como para seguir viajando. No soportaría ni siquiera la mitad de una tormenta.

NOSTROMO – ¿Y entonces? No puede mezclarse con los pasajeros. Si la gendarmería los detiene, lo denunciarán a Usted.

CAPITÁN – Lo sé, debo correr el riesgo. Hay una costa amplia, pero si clavo la barra del timón, las olas pueden girar la proa hacia alta mar o hacia los escollos.

NOSTROMO – Sí, ya vi, pero no vale la pena quedarse a bordo para gobernar una ruta que con un poco de fortuna llegará sola a la playa.

CAPITÁN – Andá, nostromo, preparáte a descender. Nos vemos en el lugar acostumbrado.

Escena 14

Capitán, nostromo y marineros están por separarse, en la cabina: afuera llueve, es de noche.

CAPITÁN – Llueve y no se ve ni a un paso. Es la noche justa para desembarcar.

NOSTROMO – Tanta sed en la tierra y toda esta agua buena desperdiciada en el mar. Si al menos se endulzara, en cambio siempre está amargo.

CAPITÁN – Kol hannekhalím holekhím el haiàm vehaiàn enénnu malé (*cantando como una canción de niños el versículo de Eclesiastés / Kohèlet*).

NOSTROMO – Todos los ríos van al mar y el mar no se llenará. (*La canción de niños se convierte en un suave coro de piratas*).

De la bodega de la nave escuchan. La música aclara la oscuridad y se alza por encima del ruido de la lluvia.

CAPITÁN – Más desperdiciada que el agua dulce en el mar, es esta gente que llevamos y que es rechazada. En tierra tienen necesidad de ellos, pero los vuelven a echar al mar.

NOSTROMO – La tierra firme es más loca que el mar. Estamos desembarcando sobre el suelo del manicomio Europa. ¿Entonces, está decidido? ¿No viene con nosotros?

CAPITÁN – Vayan, saludémonos y bajen la chalupa.

NOSTROMO – ¿No será que se queda porque se enterneció por una mujer de la bodega? ¿Esa que cantaba: “Una

Erri de Luca

mujer es todas las mujeres”?

CAPITÁN – Sería el motivo justo para quedarme. Me consideras mejor de lo que soy. Sí, sería el motivo justo.

NOSTROMO (*pensando, luego con una media sonrisa*) – Es verdad. Buena fortuna, capitán Simbad.

CAPITÁN – Mejor a ti.

Se abrazan. El capitán aprieta la mano a los marineros, no dicen nada más. Salen, desaparecen pasando por encima de la borda. Simbad pone el motor al mínimo, bloquea el timón, sale a cubierta. Llueve, se queda a propósito empapándose.

Escena 15

En la bodega: Simbad acaba de descender, se le acerca el más anciano de los pasajeros.

PASAJERO – Capitán, escuchamos el coro y después vimos que el equipaje abandonaba la nave. Creíamos que habíamos quedado solos, que nos habían abandonado.

CAPITÁN – Estamos cerca de la costa, por eso descienden antes. Es inútil que ellos corran el riesgo de ser detenidos. Basto yo a la nave.

(Volviéndose a todos). Hombres y mujeres, escuchen. Dentro de poco terminaremos el viaje. Desembarcaremos en una playa. La nave encallará, tal vez se abra como una cáscara, pero no tengan miedo, se detendrá en aguas bajas. Descenderemos a tierra y en ese momento los dejaré. Este es el mapa de la costa, con las rutas y pueblos. *(Lo levanta, lo deja ver, luego lo entrega al anciano)*.

Van a encontrar gente buena y prisiones, se trata de suerte. Si sus madres les han dado un poco de suerte, les va a ir bien, si no, encerrados en alguna parte, van a estar más cómodos que aquí dentro y van a comer lo mismo. Preparen los bártulos.

Sobre el ruido del motor en baja de la nave se escucha el ruido de otro motor que se acerca.

CAPITÁN – No les puedo dar un puerto, no los están esperando.

VOZ CON MEGÁFONO – Apaguen los motores, identifíquense.

CAPITÁN (*ignorando la nueva presencia*) – Entonces, esperando llegar a la playa, acérquense que les voy a contar una historia.

MEGÁFONO – Están en aguas territoriales, apaguen los motores y permítannos subir a bordo.

UN PASAJERO – ¿Qué dicen, capitán Simbad?

CAPITÁN – Que vienen a saludarnos.

UN PASAJERO – ¿Quiénes son?

CAPITÁN – Europa.

MEGÁFONO – Apaguen los motores o abrimos fuego.

CAPITÁN – Había una vez en la corte de un tirano una muchacha que sabía contar historias. El rey había decidido matarla, pero ella, cada noche, lo distraía con el cuento de una nueva aventura y así el rey posponía otro día la condena.

Una primera explosión a proa, un lampo y una sacudida, gritos de miedo entre los pasajeros.

CAPITÁN – No se asusten, esta es la acogida occidental, su modo de dar la bienvenida.

OTRO PASAJERO (*con ansia*) – Esta acogida no me gusta, capitán Simbad. ¿No es mejor salir y dar la cara? Escuchar los cuentos es lindo, pero siempre hay tiempo.

VIEJO – Escuchemos al capitán, él se quedó con nosotros.

CAPITÁN – Hay momentos en los que es necesario perder tiempo, dejarlo pasar. Los cuentos de la muchacha Sheherezade le servían para seguir viviendo, para posponer. Perdía tiempo y así lo ganaba. Algunas veces la vida dura el tiempo que se pierde.

El último viaje de Simbad

MEGÁFONO – La próxima vez apuntamos a la barca: deténganse o los hundimos.

CAPITÁN – Por mil y una noches logró posponer el propósito del rey de matarla, porque en ese entonces las palabras de un cuento hacían el milagro de salvar la vida ...

Un golpe más fuerte ilumina la escena, luego se apaga.